

Monseñor Romero y los profetas de Israel: el ídolo de la riqueza y el Dios de vida

**Rafael de Sivatte,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.**

Este artículo es la continuación de "Monseñor Romero, los profetas de Israel y los ídolos: la religión, las potencias extranjeras, las armas, el poder" (aparecido en *Revista Latinoamericana de Teología* 41 (1997) 173-192). Lo publicamos ahora en el XVIII Aniversario de Monseñor Romero, quien con tanto vigor denunció la absolutización del capital, a la que en su cuarta carta pastoral denominó el primer ídolo originante de todos los demás, y quien incansablemente anunció el Dios de vida para los pobres.

i. La idolatría de la riqueza

La ambición de poseer y enriquecerse es uno de los temas más fundamentales entre los profetas, y es uno de los ídolos más frecuentes, uno de los que produce más muerte. En la historia de Israel, la entronización de este ídolo se fue haciendo cada vez con más fuerza.

De hecho, en los tiempos anteriores a la existencia de Israel, tiempos en que sus antepasados vivían como pastores seminómadas, se daba una mayor unidad familiar o tribal. Había una mayor igualdad y solidaridad entre todos. No había una injusticia social institucionalizada. Es más, el mismo grupo se preocupaba por defender a sus seres más indefensos. Con la sedentarización comenzó a darse mayor importancia a la posesión de la tierra. Al principio todavía no suponía diferenciación. Se preparaba el terreno entre todos los miembros del clan y se repartía a continuación a suertes por familias, de un modo más o menos proporcional.

El problema se empezó a agudizar con la monarquía. La organización social introdujo nuevos hábitos. Comenzó la inmigración hacia las ciudades, la organi-

zación del comercio, la necesidad del crecimiento del patrimonio real (para las herencias de los príncipes y para pagar los servicios de los militares), la acumulación de tierras (de hecho, el rey pagaba los servicios de los cortesanos y los militares con tierras), la compra-venta de tierras, la ambición de poseer. La igualdad se rompió. Comenzaron a existir esclavos, trabajadores explotados, seres indefensos. Aumentó el poder de la burocracia, del ejército y de los jueces. La diferenciación económica y social se convirtió en un hecho: enriquecimiento-empobrecimiento. Las guerras contribuyeron también al aumento de las diferencias.

Es verdad que las diversas legislaciones de Israel intentaron corregir estas situaciones. Ejemplos claros de esto son las leyes del reparto de la tierra, del respeto a los más pobres, de la justicia en los tribunales, de los préstamos sin interés, del año sabático para liberar a los esclavos y para perdonar las deudas, del salario justo, del año jubilar y de la prohibición de esclavitud por deudas. Pero estos intentos no sirvieron para mucho. Los primeros que no cumplieron con su obligación de ayudar a que se pusieran en práctica fueron los reyes, quienes además continuamente violaron las mismas leyes.

Fueron apareciendo, en consecuencia, los profetas quienes denunciaron con fuerza todas estas violaciones de la fraternidad, poniéndole nombres muy concretos. Denunciaron el conjunto, denunciaron el lujo, denunciaron el acaparamiento y el latifundio, denunciaron el comercio fraudulento, denunciaron la injusticia en los tribunales, denunciaron la explotación del obrero. Y lo hicieron convencidos de que, como dice Amós, "quien explota al pobre profana mi santo nombre" (Am 2, 7). Lo hicieron, además, porque lo que querían con toda su alma es que hubiese una conversión en la sociedad, un cambio profundo hacia la justicia social y un compromiso de todos por vivir fraternal y solidariamente. Por eso, en último término, siempre que denunciaban, acababan anunciando una nueva época, en la cual Dios verá realizados sus sueños de una nueva humanidad. Veamos estas denuncias.

1.1. Denuncia de la ambición y la injusticia

a) Los profetas

La administración del Estado necesita obviamente recoger fondos para poder gastarlos en realidades que benefician al bien común: educación, salud, vivienda, obras públicas, etc. Este es el origen y el sentido de los impuestos. El problema se plantea cuando se es injusto en la distribución de las cargas impositivas y cuando lo que se recoge no se gasta realmente en beneficio del bien común, sino en favorecer a unos pocos. Los profetas fueron muy sensibles a esta situación que provocaba un mayor empobrecimiento de los ya empobreci-

dos, quienes no sacaban ningún provecho de dicha recolección de impuestos. Veamos un significativo texto de Amós:

Pues bien, ya que ustedes han pisoteado al pobre, exigiéndole una parte de su cosecha, esas casas de piedras canteadas que edifican no las van a ocupar, y de esas cepas escogidas que ahora plantan no probarán el vino (Am 5, 11).

No es muy difícil hacer un paralelismo entre esos impuestos injustos y la imposición del IVA, cuya consecuencia patente ha sido el empobrecimiento todavía mayor de los ya pobres.

Otra fuente de destrucción de la vida digna de los pobres, otro ídolo denunciado por los profetas continuamente, fue el de la ambición y la avaricia de los enriquecidos, de los jefes y de los responsables de la justicia. Los textos recogidos a continuación hablan por sí mismos.

Porque venden al inocente por dinero, y al necesitado por un par de sandalias. Pisotean a los pobres en el suelo y les impiden a los humildes conseguir lo que desean (Am 2, 6b-7).

Tus jefes son unos rebeldes, amigos de ladrones. Todos esperan recompensa y van detrás de los regalos. No hacen justicia al huérfano ni atienden la causa de la viuda (Is 1, 23).

Yahweh ha demandado ante la justicia a los ancianos y a los jefes de su pueblo. "Ustedes son los que han devorado los frutos de la viña, en sus casas están los despojos del pobre. ¿Con qué derecho oprimen a mi pueblo y pisotean a los pobres?" (Is 3, 14s).

¡Ay de aquellos que, teniendo una casa, compraron el barrio poco a poco!
¡Ay de aquellos que juntan campo a campo! ¿Así que ustedes se van a apropiarse de todo y no dejarán nada a los demás? En mis oídos ha resonado la palabra de Yahweh de los ejércitos: "Han de quedar en ruinas muchas casas grandes y hermosas, y no habrá quien las habite. Diez cuerdas de viña apenas darán un barril de vino, y un quintal de semilla, sólo dará un puñado" (Is 5, 8-10).

¡Ay de ustedes que meditan la injusticia, que toda la noche traman el mal, y al amanecer lo ejecutan, porque está a su alcance. Si les gustan campos, se los roban, o unas casas, se las toman. Se apoderan de la casa y de su dueño, de un hombre y de su propiedad. Pero son ustedes los enemigos de mi pueblo, pues le quitan su manta al hombre bueno y tratan como si estuviera en guerra al que vive tranquilo. Arrancan de sus hogares tan queridos a las mujeres de mi pueblo, y les quitan a sus hijos la libertad que yo les había dado (Miq 2, 1-2.8-9).

Castigaré a los ministros, a los hijos del rey y a todos los que visten a la moda extranjera. Les daré también su merecido a todos los que pasan por el

umbral sin pisarlo y a los que amontonan en la casa de su Señor el producto de sus crímenes y robos (Sof 1, 8b-9).

Mira tus manos manchadas de sangre, no de bandidos sorprendidos en el crimen, sino que de inocentes (Jer 2, 34).

La gente del país comete violencia y se entrega al pillaje, pisotea al pobre, maltrata al indigente y veja al emigrante sin razón alguna (Ez 22,29).

b) Monseñor Romero

También en el desenmascaramiento de esta idolatrización del poseer, de este dar culto al dios de la ambición y de la avaricia, el dios de la riqueza y de la propiedad privada, Monseñor Romero fue especialmente claro y cumplió su función de profeta. Veamos algunas palabras suyas, cuya actualidad es impactante.

El diagnóstico que Monseñor Romero hizo de la situación del país en su homilía del 18 de febrero de 1979 no puede ser más transparente:

En El Salvador diríamos que va aumentando la distancia entre los muchos que no tienen nada y los pocos que lo tienen todo.

Y un mes más tarde, el 18 de marzo de 1979, constató que esta situación se extendía como una peste y denunció que el enriquecimiento de quienes multiplicaban sus propiedades, casas y negocios, era producto de la corrupción y del robo perpetrado contra los pobres. Estas son sus claras palabras:

No son las catorce familias las culpables solamente, sino que van multiplicándose ya esos apellidos. Van saliendo exfuncionarios bien provistos para su porvenir. Se van multiplicando propiedades, casas, negocios. ¿Será todo bien habido? Si así fuera ¡bendito sea Dios! Pero si en el fondo se está violando el séptimo mandamiento, no lo puede bendecir Dios. ¡No robarás! Es la verdad, y lo que tienes lo has robado al pueblo que perece en la miseria... Pero, hermanos, robar siempre será pecado.

Y Monseñor Romero se preocupó por ir buscando las causas profundas de este gran abismo que se iba creando entre los pobres y los ricos. Y estas causas apuntaban a la idolatrización y la absolutización que se hacía de la riqueza y la propiedad privada, a la no comprensión de que la riqueza y la propiedad privada no tienen sentido alguno si no se dirigen al bien común, si no desempeñan una función social. Así lo dijo en su homilía del 12 de agosto de 1979:

Yo denuncié, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable. ¡Y ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema... Se olvidan estos cañes sin Cristo que la riqueza no es Cristo ni es Dios. Que la absolutización de la riqueza y de la propiedad privada es un gran error. La

propiedad privada la respetamos -dice el Papa-, pero no tienen que olvidar que sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social. ¿Qué quiere decir el Papa?... Que la propiedad privada no es un absoluto... que tiene... una función social. Lo que se tiene no es sólo para uno. Lo que se tiene es... para que lo administren al servicio del bien común.

Y ratificó la misma constatación el 4 de noviembre de 1979, contraponiendo de nuevo el único Dios verdadero al ídolo de la riqueza y de la propiedad privada y desenmascarando que son esos ídólatras del tener, por muy nacionalistas que se confiesen, los auténticos peligros para la patria:

Yo les invito a que en esta reflexión sobre el único Dios verdadero pensemos, ante este ídolo de la riqueza y de la propiedad privada, estas sabias palabras que en Puebla dijo el Papa Juan Pablo II a los pastores de América Latina: Nace aquí la constante preocupación de la Iglesia por la delicada cuestión de la propiedad... No nos cansemos de denunciar la idolatría de la riqueza que hace consistir la verdadera grandeza del hombre en tener y se olvida que la verdadera grandeza es ser. No vale el hombre por lo que tiene sino por lo que es. Sólo cuando se es ídolatra del tener, se es avaro y se oponen los hombres a los cambios sociales. Y si ahora hay un peligro en el país es esa idolatría. Quizás la más grande tentación de este momento en que puede comenzar una transformación para la patria es que la extrema derecha, los fanáticos de las riquezas, los ídólatras del dinero, los que no quieren que les toquen los privilegios, ya se estarán asociando con militares resentidos... Mientras no se conviertan los ídólatras de las cosas de la tierra al único Dios verdadero tendremos en esos ídólatras el mayor peligro de nuestra propia patria.

Monseñor Romero, en consecuencia, sólo vio un camino para que dicho peligro, del que eran responsables directos los ídólatras del tener, no se llegase a consumir. Dichos ídólatras debían desprenderse de sus bienes por amor y debían montarse en un proyecto salvadoreño basado no en el acumular egoístamente riquezas y tierras, sino en el compartir las mismas con todos los salvadoreños y salvadoreñas. Dos homilias de los últimos meses de su vida nos lo recuerdan:

Yo les repito a los que todavía no se apartan de estar de rodillas ante su dinero: Que se sepan desprender a tiempo por amor, antes de que se lo arranquen por la violencia (11 de noviembre de 1979).

Llamo a la oligarquía a colaborar con el proceso del pueblo. Son principales protagonistas en esta hora de cambios, y de ustedes depende en gran parte el cese de la violencia. La reconciliación tiene una gran relación con la tierra. Y si se dan cuenta que están poseyendo la tierra que es de todos los salvadoreños, reconcíliense con Dios y con los hombres, cediendo con gusto lo que

traerá la paz para el pueblo y paz para sus propias conciencias (16 de marzo de 1980).

1.2. Denuncia del lujo y de la opresión

a) Los profetas

Los profetas denunciaron el lujo, las grandes fiestas, las grandes construcciones montadas sobre la opresión y la despreocupación de lo que está ocurriendo

El profeta Amós veía cómo los jefes de Israel, ocupados en sus fiestas y en sus magníficas y lujosas construcciones, se despreocupaban de lo que estaba ocurriendo en el país, de las guerras que se les venían encima y de la crítica situación social que estaban propiciando con su menosprecio de los pobres y los campesinos. Amós sentía que Dios sí estaba preocupado por lo que estaba ocurriendo y no pudo contenerse ni dejar de protestar enérgicamente de parte de Yahweh, el Dios liberador. Y así le escuchamos decir:

Marchen junto a Samaria, situada en las montañas, para que vean los desórdenes que hay en esa ciudad o los crímenes que en ella se cometen. No puede ser honrada la conducta de aquellos que amontonan la rapiña y el fruto de sus salteos en sus palacios. Destruiré las mansiones para el invierno o para el verano; desaparecerán los palacios de marfil y serán demolidas esas magníficas construcciones (Am 3, 9-10.15).

Esto es para ustedes, vacas de Basán, que viven en los cerros de Samaria: para ustedes que oprimen a los débiles, aplastan a los menesterosos y dicen a sus maridos: "Sírvannos vino para emborracharnos" (Am 4, 1).

Ustedes tratan de alejar el día de su desgracia, pero, en realidad, están apresurando un año de violencia. Tendidos en camas de marfil o arrellenados sobre sus sofás, comen corderitos del rebaño y terneros sacados del establo, canturrean al son del arpa y como David inventan instrumentos de música. Beben vino en grandes copas, con aceite exquisito se perfuman, pero no se afligen por el desastre de mi pueblo (Am 6, 3-6).

¡Qué impresionantes retratos de los despilfarros de todos los tiempos!

También el profeta Isaías, contemporáneo de Amós, que llevó a cabo su ministerio profético en el entorno de la corte de Jerusalén, en Judá, descubrió a su alrededor lo mismo que Yahweh desde el gran templo que "muy orgullosas andan las damas de Sión, con el cuello estirado y la mirada provocativa, y caminan a pasitos cortos haciendo sonar las pulseras de sus pies" (Is 3, 16).

Ante esta constatación de la superficialidad de los señores en medio de la difícil situación de los pobres, el profeta transmite la dura amenaza de Yahweh:

Por eso el Señor llenará de sarna la cabeza de las damas de Sión, y quedarán peladas. Aquel día, el Señor arrancará los adornos, pulseras para los tobillos, cintas y lunetas, pendientes, brazaletes, velos, sombreros, cadenillas de pie, cinturones, frascos de perfume y amuletos, sortijas, aros de nariz, vestidos preciosos, mantos, chales y bolsos, espejos, lienzos finos, turbantes y mantillas. Aquel día, en lugar de perfumes habrá podredumbre, en lugar de cinturón, una cuerda, en lugar de cabello trenzado, cabeza rapada, en lugar de vestidos lujosos, un saco, en lugar de belleza, una marca hecha con hierro al rojo (Is 3, 17-24).

Cien años más tarde, también en Jerusalén, el profeta Jeremías veía no sólo que seguían los mismos vicios y las mismas idolatrías denunciadas por Amós e Isaías anteriormente, sino también que era el mismo rey, en este caso Joaquín I, el que con sus ansias de construir palacios vistosos, dando culto así al orgullo y al poder, sacrificaba a los trabajadores y les hacía la vida difícil, al no pagarles el salario por su trabajo. Las palabras de Jeremías suenan a lamentaciones por un difunto, porque en la visión del profeta el rey estaba más que muerto por todo lo que estaba haciendo. Veámoslas.

¡Ay de aquel que construye su casa con cosas robadas, edificando sus pisos sobre la injusticia! ¡Ay de aquel que se aprovecha de su prójimo y lo hace trabajar sin pagarle su salario! Tú piensas: "Me voy a construir un palacio inmenso, con pisos espaciosos, luego abriré ventanas y las cubriré con madera de cedro, toda pintada de rojo". ¿Acaso serás más rey con tener más cedro? A tu padre, ¿le faltó acaso comida o bebida? Sin embargo, se preocupaba de la justicia y todo le salía bien. Juzgaba la causa del desamparado y del pobre. Yahweh te pregunta: "Conocerme, ¿no es actuar de esa forma?". Pero tú no piensas sino en tu interés, y en derramar sangre, y mantener la opresión y la violencia. Eso sí que te gusta (Jer 22, 13-17).

b) Monseñor Romero

Monseñor Romero, más de 2500 años después, se encontró con la misma idolatría del lujo, del despilfarro, de las fiestas y de la despreocupación por el futuro del país. Fueron continuas sus llamadas a los y a las oligarcas para que se empezasen a preocupar por el bienestar del país, para que pusiesen todos sus esfuerzos en favor de un proyecto que favoreciese el bien común, para que se sacasen de los dedos los anillos y compartiesen con el pueblo pobre antes de que les arrancasen las manos. Muchos de los textos de Monseñor Romero recogidos más arriba vienen a cuento también aquí, ya que las idolatrías se entremezclan.

1.3. Denuncia de la administración pervertida de la justicia

a) Los profetas

En el pueblo de Dios se dieron muchas ocasiones en que los máximos culpables de la crisis social no eran los haraganes y los pobres que protestaban por todo sin razón y exigían sin cumplir con sus deberes, sino los que permitían con sus injusticias que el pueblo cada vez viviera peor en beneficio de unos pocos que se la pasaban en grande. Me refiero a los jueces y a los tribunales de justicia. En estas situaciones aparecieron profetas del pueblo de Dios que hablaron con toda claridad, y esto fue una de las causas de su persecución a muerte.

Denunciaron a los jueces venales y corruptos "porque venden al inocente por dinero y al necesitado por un par de sandalias" (Am 2, 6). El mismo Amós increpó directamente a estos jueces porque hacían de las leyes algo amargo, porque echaban por los suelos la justicia, porque odiaban a los defensores del justo y a los que decían la verdad, porque daban la razón al que les pagaba por anticipado y hacían perder su juicio a los pobres (*cf.* Am 5, 7.12).

Ante esto, la pregunta que se hizo Amós fue por qué los jueces y los tribunales de justicia estaban actuando de modo contrario a como se esperaba de ellos. Lo dijo usando la siguiente comparación sapiencial:

¿Galopan por las rocas los caballos o se ara el mar con bueyes, para que ustedes cambien en veneno el derecho o en ajeno las sentencias del tribunal? (Am 6, 13).

Otro gran profeta, muy sensible a todo este problema de la injusticia institucionalizada, fue Miqueas. Proveniente del campo, quizás de los alrededores de Belén, iba viendo cómo, cuando surgían conflictos, a los pobres y a los campesinos nunca se les daba la razón en los tribunales. Veía también que el crimen, la corrupción, la venalidad y la hipocresía religiosa eran las bases de aquella sociedad. Los responsables de ello eran no sólo los jueces, sino también los jefes, los gobernantes, los sacerdotes y los profetas; todos ellos institucionalizaban de hecho la injusticia y además la ocultaban. Las palabras de Miqueas, en consecuencia, fueron pronunciadas con toda claridad:

Escuchen, jefes... ¿No deberían conocer lo que es justo? ¿Por qué, pues, odian el bien y aman el mal? Ustedes descueran vivos a los de mi pueblo y les arrancan su carne de sus huesos. Se comen la carne de mi pueblo, y parten sus huesos y los echan a la olla... Escuchen, gobernantes... ustedes que desprecian la justicia y tuercen mañosamente la ley, Sión se está edificando sobre sangre, y Jerusalén, en base a crímenes. Sus gobernantes se dejan comprar para dar una sentencia; sus sacerdotes cobran por una decisión; sus profetas sólo vaticinan si se les paga, y todos dicen que son amigos

de Yahweh. Por eso exclaman "Si el Señor está con nosotros, ¿qué desgracia nos puede pasar?" (Miq 3, 1-3.9-11).

Y en Miqueas 7, 1-3, el profeta se lamenta de que por mucho que buscaba no encontraba ni un creyente, ni un justo. Lo que encontraba en cambio era personas cuyas "manos son buenas para hacer el mal", como el príncipe que es exigente, el juez que se deja comprar y el poderoso que decide lo que a él le conviene.

También Isaías, contemporáneo de Miqueas y cercano a la corte de Jerusalén, se hizo la pregunta sobre por qué, si Sión y Jerusalén habían sido morada de la justicia, ahora "se ha vuelto lugar de asesinos", por qué "sus jefes son rebeldes y amigos de ladrones", por qué "todos ellos esperan recompensa y van detrás de los regalos", por qué "no hacen justicia al huérfano ni atienden la causa de la viuda". Ante todas estas preguntas, la respuesta que Isaías recibió de Yahweh fue que él va a purificar a Sión y a Jerusalén de todo lo sucio y hará a sus "gobernantes como eran antes", y a sus "consejeros como en otros tiempos", para que así la ciudad pueda recibir el nuevo nombre de "Ciudad de la Justicia, Ciudad Fiel" (cfr. Is 1, 21-26).

En dos de las siete lamentaciones de los primeros capítulos de Isaías volvemos a encontrarnos, unido al tema del engaño y la falsedad, la conversión de la justicia en algo amargo, la perversión de la justicia. Veamos lo que Isaías dice:

¡Ay de aquellos que llaman bien al mal y mal al bien, que cambian las tinieblas en luz y la luz en tinieblas, que dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!
¡Ay de aquellos que perdonan al culpable por dinero y privan al justo de sus derechos! (Is 5, 20.23).

Y en el contexto literario de esas mismas lamentaciones, en Isaías 10, 1-2, encontramos una que va más allá de la administración de la justicia. Hace referencia a que con frecuencia no son sólo los jueces los culpables, sino que lo son los que hacen las leyes en beneficio de los intereses del grupo social más poderoso:

¡Ay de aquellos que dictan leyes injustas y con sus decretos organizan la opresión, que despojan de sus derechos a los pobres de mi país e impiden que se le haga justicia, que dejan sin nada a la viuda y se roban la herencia del huérfano!

Jeremías, a la vista del mal gobierno interior y exterior de los reyes de Judá, pocos años antes de la caída y destrucción de Jerusalén, volvió a recordar a la casa real de Judá, la última responsable de la administración de la justicia, que la mayor obligación que tenía era la de hacer posible la justicia y la solidaridad en la sociedad judía. Veamos dos textos dirigidos a la familia real y al rey:

Hagan justicia correctamente, cada día, libren al oprimido de las manos de su opresor (Jer 21, 11-12).

Escucha la palabra de Yahweh, rey: Practiquen la justicia y hagan el bien: libren de la mano del opresor al que fue despojado; no maltraten al emigrante ni al huérfano ni a la viuda; no les hagan violencia, ni derramen sangre inocente en este lugar (Jer 22, 1-3).

b) Monseñor Romero

También Monseñor Romero pudo ir constatando, por su contacto con las mayorías empobrecidas, que las leyes dictadas y la administración de la justicia estaban continuamente al servicio de los poderosos y contra los pobres. En consecuencia, recordó que la ley siempre debe defender al pobre y denunció con todas sus fuerzas que fuera todo lo contrario, comparándola, según el dicho campesino, a "la serpiente que sólo pica al que está descalzo", es decir, al pobre. A esta denuncia unió sus esfuerzos de apoyar a instituciones y personas de buena voluntad que trabajasen en favor de la ley y los derechos humanos.

Impresionante es toda la polémica tenida con la Corte Suprema de Justicia. El 30 de abril de 1978 se inició la polémica, cuando Monseñor Romero puso el dedo en la llaga de la falta de justicia en los máximos responsables de administrarla:

¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental en una democracia de este poder que debía estar por encima de todos los poderes y reclamar justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra patria tiene allí su clave principal, en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza deberían exigir a las cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esta palabra sacrosanta, "la justicia", que de verdad sean "agentes de la justicia" (30 de abril de 1978).

Y el 14 de mayo, dos semanas después, Monseñor Romero profundizó en el tema, al tener que defenderse de las acusaciones y amenazas lanzadas por la misma Corte Suprema de Justicia:

Esa Honorable Corte no ha remediado estas situaciones, tan contrarias a las libertades públicas y a los derechos humanos cuya defensa constituye su más alta misión. Tenemos, pues, que los derechos fundamentales del hombre salvadoreño son pisoteados día a día, sin que ninguna institución denuncie los atropellos y proceda sincera y efectivamente a un saneamiento en los procedimientos. Esta denuncia me la impone el evangelio por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel, aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia (véase Jer 26, 15).

Quiero terminar agradeciendo sinceramente a las innumerables personas, especialmente a los amables profesionales y estudiantes del derecho que se han dirigido a mí haciéndose solidarios de esta franca preocupación de la Iglesia por la justicia en nuestro país. Lo agradezco sobre todo porque esta colaboración es una positiva construcción de la paz, pues esta Iglesia del Espíritu Santo viene proclamando desde los lejanos tiempos de Isaías y hoy lo repite con la renovada juventud de este pentecostés, en medio de la dramática realidad de nuestro país, "la paz sólo puede ser el producto de la justicia" (véase Is 32, 17).

Tras la lectura de todos estos textos de los profetas del Antiguo Testamento y de Monseñor Romero, que hacen referencia a la administración de la justicia, y tras el análisis de la realidad de nuestros días, creo que queda claro que este desenmascaramiento del ídolo de la injusticia sigue siendo tan necesario hoy como en los tiempos de los profetas veterotestamentarios y del profeta Monseñor Romero.

1.4. Denuncia de los comerciantes que engañan a los pobres

a) Los profetas

La última de las grandes idolatrías desenmascaradas por los profetas, y que se refiere al ídolo del poseer y del enriquecerse, fue la del fraude realizado por los comerciantes, fraude del que eran víctimas especialmente los campesinos y los pobres.

Amós volvió a ser el primer profeta que habló con fuerza del tema y que descubrió cómo el ídolo de la economía de mercado, tan presente en Samaria, donde él ejercía su ministerio, llevaba, en último término, al desaparecimiento de los pobres y humildes. Era, por tanto, algo contrario a Dios. Así lo formula Amós (8, 4-6):

A ustedes me dirijo, explotadores del pobre que quisieran hacer desaparecer a los humildes. ¿No son ustedes los que dicen "¿Cuándo pasará la fiesta de la luna nueva o cuándo terminará el sábado, para que podamos vender nuestro trigo o abrir nuestras bodegas de cereales, pues nos irá tan bien que venderemos hasta el deshecho?". Ustedes sólo piensan en robarle al kilo, o en cobrar de más, usando balanzas falseadas. Ustedes juegan con la vida del pobre y del miserable por algún dinero o por un par de sandalias.

Contemporáneo y de la misma región que Amós, Miqueas desenmascaró en Jerusalén la misma idolatría del enriquecimiento por fraude, subrayando en relación a éste lo que tiene de engaño y falsedad. Leamos sus palabras:

Resuena la voz de Yahweh en la ciudad... Escúchenla, pueblo y sus gobernantes: "¿Tiene todavía en su casa el malvado tesoros adquiridos injustamen-

te, y se sirve aún de una medida falsa para medir? ¿Voy a aceptar que use balanzas inexactas o que no pese en su bolsa el peso justo?". Que escuche esa ciudad, cuyos ricos se enriquecen en base a crímenes, y cuyos habitantes mienten de tal forma que su lengua sólo pronuncia mentiras (Miq 6, 9-12).

b) Monseñor Romero

También Monseñor Romero fue muy sensible y acusó a quienes aprovechándose de su situación y su cultura engañaban continuamente al pueblo campesino y no permitían que éste se organizase para reivindicar sus derechos. Lo que ocurrió en la hacienda La Cabaña, en tiempo de Rutilio Grande, que fue denunciado por él y por Monseñor Romero, no es algo muy diferente a lo que ocurre hoy en día en las maquilas y que también debería ser denunciado por la Iglesia.

Sin ninguna duda, el nuevo ídolo de la globalización neoliberal de la economía no se libraría fácilmente de las críticas proféticas de Amós, Miqueas, Rutilio y Monseñor Romero.

2. El anuncio profético del Dios de la vida

a) Los profetas

Junto a las denuncias que hicieron los profetas de los diferentes ídolos de muerte, fueron anunciando, de algún modo, cómo adorar y dar culto al verdadero Dios, el de la vida. Se podrían ir siguiendo los mismos apartados anteriores de denuncia y los mismos textos para descubrir cómo, tras cada denuncia del ídolo de muerte, iba ya un anuncio del camino a seguir para dar culto al verdadero Dios de la vida.

Por ejemplo, se hablaba de los ídolos que llevan a la muerte y se llamaba en seguida a seguir al Dios de la vida (*cfr.* Jer 10, 10) o bien se denunciaba el culto alienante porque iba acompañado de derramamiento de sangre y venía a continuación la llamada a practicar la justicia y la solidaridad (*cfr.* Is 1, 16-17).

No vamos a proceder así. Vamos sencillamente a ver algunos textos donde va apareciendo este anuncio del Dios de la vida y se va mostrando el camino a seguir para que haya realmente más vida y se honre, en consecuencia, a dicho Dios. Vamos a ver cómo los profetas anunciaron dónde se encuentra el auténtico Dios. Tal como ellos afirmaron con fuerza, se encuentra siempre que haya paso de la esclavitud a la libertad plena y compartida, siempre que haya justicia y paz, siempre que haya solidaridad fraternal y comunión, siempre que se dé un cambio del corazón humano para que lata al unísono con el corazón misericordioso de Dios, siempre que se vayan realizando progresivamente los sueños y los proyectos de Dios (nuevos ciclos y tierra, paraíso, reino de Dios). Veamos cómo lo fueron formulando los diferentes profetas.

Amós insistió en la correlación que se da entre buscar a Yahweh y vivir, buscar el bien y vivir, amar el bien y administrar la justicia:

¡Busquen a Yahweh y vivirán...!; Busquen el bien, no el mal, para que vivan, y así sea con ustedes Yahweh..., tal como dicen! ¡Aborrezcan el mal, amen el bien, implanten el juicio en la Puerta...! (Am 5, 6a.14-15).

Oseas utilizó el lenguaje apasionado del amor de pareja para hablar de la definitiva relación entre Dios y su pueblo:

Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión; te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahweh (Os 2, 21-22).

Lo que yo quiero es amor y no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos (Os 6, 6).

Isaías identificó la época en que el Dios de la vida recibirá auténtico culto con aquella en que se aprenda a hacer el bien, se busque la justicia, se defienda al huérfano y a la viuda, se acabe la opresión, dejen de existir las instituciones militares, se haga justicia a los pobres y los débiles, se instaure una paz cósmica, todo el universo se dedique a hacer el bien, se unan las naciones, se conviertan las armas de guerra en instrumentos de trabajo pacífico y se eliminen los adiestramientos para cualquier guerra. Así es como se rinde, según Isaías, culto al Dios de la vida y se rechazan los ídolos de la muerte. Leamos los textos en que aparece todo esto:

Aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda (Is 1, 17).

Porque el yugo que les pesaba sobre su hombro, la vara de su tirano, has roto, como el día de Madián. Porque toda bota que taconeaba con ruido y el uniforme lleno de sangre serán quemados (Is 9, 3s).

(El mesías) no juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra... Serán vecinos el lobo y el cordero... La vaca y la osa pacerán juntas... Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid... Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo cerro, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahweh (Is 11, 3-9).

Sucedrá en días futuros que el monte de la casa de Yahweh será asentado en la cima de los montes... Confluirán a él todas las naciones... Dirán: "Ven-gan, subamos al monte de Yahweh... para que él nos enseñe sus caminos...". Pues de Jerusalén saldrá la palabra de Yahweh. El juzgará entre las naciones... Forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas hoces. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra (Is 2, 2-4).

Miqueas habló de un camino para llegar a la adoración del auténtico Dios. Y dijo que este camino pasa por la eliminación de todos los ídolos (la seguridad puesta en las armas extranjeras y en las fortalezas propias, las hechicerías y las imágenes -obra de las propias manos), la práctica de la justicia, el amor solidario y compasivo, y la vida sencilla, dejándose acompañar en el día a día por Dios:

Y sucederá aquel día que yo extirparé de en medio de ti a tus caballos y haré desaparecer tus caballeros; extirparé tus ciudades y demoleré todas tus fortalezas; extirparé de tus manos las hechicerías... y ya no podrás postrarte ante la obra de tus manos (Miq 5, 9-12).

Se te ha declarado, hombre, lo que Yahweh te pide: tan sólo practicar la justicia, amar con ternura solidaria y caminar humildemente con tu Dios (Miq 6, 8).

Jeremías utilizó para hablar de este tema del Dios vivo y verdadero dos imágenes: la del pastor Yahweh que recogerá su rebaño, lo cuidará, lo dejará en buenas manos de pastores que lo llevarán por caminos seguros; y la de la nueva alianza que consistirá en que Yahweh pondrá su ley en el interior y en los corazones de la humanidad y ésta será el pueblo de Dios lleno de conocimiento y amor hacia él:

Yo recogeré el resto de mis ovejas... las haré tornar... criarán... Y pondré al frente de ellas pastores que las apacienten, y nunca más estarán medrosas ni asustadas, ni faltará ninguna. Miren que días vienen en que suscitaré a David un germen justo: reinará... la justicia en la tierra. En sus días estará a salvo Judá e Israel vivirá en seguro... (Jer 23, 2-6).

Pactaré con Israel... una nueva alianza... pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré. y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... todos ellos me conocerán (Jer 31, 31-34).

También Ezequiel utilizó dos imágenes para hablar del Dios de la vida: como en el caso de Jeremías, la del pastor que cuida de su rebaño, que busca la oveja que se pierda o se hiera, que hará justicia entre las ovejas opresoras y oprimidas, que hará desaparecer las bestias feroces, que instaurará una alianza de paz. Y también, como en el caso de Jeremías, la imagen de la nueva alianza en la que Yahweh dará un corazón de carne e infundirá un espíritu nuevo:

Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él... Yo mismo apacentaré mis ovejas y las llevaré a reposar... Buscaré la oveja perdida..., curaré a la herida...; pero a la que está gorda y robusta la exterminaré: las pastorearé con justicia... y yo vendré a salvar a mis ovejas para que no estén más expuestas al pillaje; voy a juzgar entre oveja y oveja... Concluiré con ellos una alianza de paz, haré desaparecer de esta tierra las bestias feroces... ellos vivirán en seguridad en su suelo. Y sabrán que yo soy Yahweh, cuando despedace las

barras de su yugo y los libre de la mano que los tiene esclavizados (Ez 34, 11-31).

Y les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne... Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios (Ez 36, 26-28).

Por su parte, también los discípulos de Isaías, en el exilio y postexilio, soñaron en esos nuevos tiempos, cuando se haría realidad el proyecto del Dios de la vida. Hablaron de tiempos de justicia y paz, tiempos en que los pobres recibirán la buena nueva, tiempos en que los corazones heridos serán vendados, tiempos en que se anunciará la liberación a los cautivos, tiempos en que se desharán los nudos de la maldad y la opresión, tiempos en que los quebrantados recibirán la libertad, tiempos en que se compartirá el pan con los hambrientos, la casa con los sin techo y el vestido con los desnudos:

El fruto de la justicia será la paz, el fruto de la equidad una seguridad perpetua (Is 32, 17).

El Espíritu del Señor Yahweh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahweh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones heridos; a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad... (Is 61,1-2).

¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de la maldad, deshacer coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan y a los pobres sin hogar recibir en tu casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras y de tu semejante no le apartes? (Is 58, 6-7).

En todo esto consiste la adoración del Dios de la vida y de este modo se irán abriendo camino los nuevos cielos y la nueva tierra soñados por Isaías (65, 17-25).

b) Monseñor Romero

También Monseñor Romero se adentró, e invitó a que nosotros lo sigamos haciendo, en los sueños de Dios. En cada denuncia suya de los falsos dioses encontramos el anuncio del verdadero Dios, de su voluntad y de su proyecto. No quiero acabar este artículo sin poner algún texto de Monseñor Romero en esta línea.

Monseñor Romero pidió a los cristianos y cristianas que encarnasen la justicia, que fuesen agentes de cambio, que se convirtiesen en personas nuevas, que transformasen su mentalidad egoísta y así fuesen fermento para transformar las estructuras de la sociedad. Esto lo hizo en su homilía del 3 de diciembre de 1978:

Miqueas habló de un camino para llegar a la adoración del auténtico Dios. Y dijo que este camino pasa por la eliminación de todos los ídolos (la seguridad puesta en las armas extranjeras y en las fortalezas propias, las hechicerías y las imágenes -obra de las propias manos), la práctica de la justicia, el amor solidario y compasivo, y la vida sencilla, dejándose acompañar en el día a día por Dios:

Y sucederá aquel día que yo extirparé de en medio de ti a tus caballos y haré desaparecer tus caballeros; extirparé tus ciudades y demoleré todas tus fortalezas; extirparé de tus manos las hechicerías... y ya no podrás postrarte ante la obra de tus manos (Miq 5, 9-12).

Se te ha declarado, hombre, lo que Yahweh te pide: tan sólo practicar la justicia, amar con ternura solidaria y caminar humildemente con tu Dios (Miq 6, 8).

Jeremías utilizó para hablar de este tema del Dios vivo y verdadero dos imágenes: la del pastor Yahweh que recogerá su rebaño, lo cuidará, lo dejará en buenas manos de pastores que lo llevarán por caminos seguros; y la de la nueva alianza que consistirá en que Yahweh pondrá su ley en el interior y en los corazones de la humanidad y ésta será el pueblo de Dios lleno de conocimiento y amor hacia él:

Yo recogeré el resto de mis ovejas... las haré tornar... criarán... Y pondré al frente de ellas pastores que las apacienten, y nunca más estarán medrosas ni asustadas, ni faltará ninguna. Miren que días vienen en que suscitaré a David un germen justo: reinará... la justicia en la tierra. En sus días estará a salvo Judá e Israel vivirá en seguro... (Jer 23, 2-6).

Pactaré con Israel... una nueva alianza... pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo... todos ellos me conocerán (Jer 31, 31-34).

También Ezequiel utilizó dos imágenes para hablar del Dios de la vida: como en el caso de Jeremías, la del pastor que cuida de su rebaño, que busca la oveja que se pierda o se hiera, que hará justicia entre las ovejas opresoras y oprimidas, que hará desaparecer las bestias feroces, que instaurará una alianza de paz. Y también, como en el caso de Jeremías, la imagen de la nueva alianza en la que Yahweh dará un corazón de carne e infundirá un espíritu nuevo:

Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él... Yo mismo apacentaré mis ovejas y las llevaré a reposar... Buscaré la oveja perdida..., curaré a la herida...; pero a la que está gorda y robusta la exterminaré: las pastorearé con justicia... y yo vendré a salvar a mis ovejas para que no estén más expuestas al pillaje; voy a juzgar entre oveja y oveja... Concluiré con ellos una alianza de paz, haré desaparecer de esta tierra las bestias feroces... ellos vivirán en seguridad en su suelo. Y sabrán que yo soy Yahweh, cuando despedace las

barras de su yugo y los libre de la mano que los tiene esclavizados (Ez 34, 11-31).

Y les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne... Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios (Ez 36, 26-28).

Por su parte, también los discípulos de Isaías, en el exilio y postexilio, soñaron en esos nuevos tiempos, cuando se haría realidad el proyecto del Dios de la vida. Hablaron de tiempos de justicia y paz, tiempos en que los pobres recibirán la buena nueva, tiempos en que los corazones heridos serán vendados, tiempos en que se anunciará la liberación a los cautivos, tiempos en que se desharán los nudos de la maldad y la opresión, tiempos en que los quebrantados recibirán la libertad, tiempos en que se compartirá el pan con los hambrientos, la casa con los sin techo y el vestido con los desnudos:

El fruto de la justicia será la paz, el fruto de la equidad una seguridad perpetua (Is 32, 17).

El Espíritu del Señor Yahweh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahweh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones heridos; a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad... (Is 61,1-2).

¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de la maldad, deshacer coyundas del yugo, dar la libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan y a los pobres sin hogar recibir en tu casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes? (Is 58, 6-7).

En todo esto consiste la adoración del Dios de la vida y de este modo se irán abriendo camino los nuevos cielos y la nueva tierra soñados por Isaías (65, 17-25).

b) Monseñor Romero

También Monseñor Romero se adentró, e invitó a que nosotros lo sigamos haciendo, en los sueños de Dios. En cada denuncia suya de los falsos dioses encontramos el anuncio del verdadero Dios, de su voluntad y de su proyecto. No quiero acabar este artículo sin poner algún texto de Monseñor Romero en esta línea.

Monseñor Romero pidió a los cristianos y cristianas que encarnasen la justicia, que fuesen agentes de cambio, que se convirtiesen en personas nuevas, que transformasen su mentalidad egoísta y así fuesen fermento para transformar las estructuras de la sociedad. Esto lo hizo en su homilía del 3 de diciembre de 1978:

Ante un mundo que necesita transformaciones sociales evidentes, ¿cómo no le vamos a pedir a los cristianos que encarnen la justicia del cristianismo..., que traten de ser agentes de cambio, que traten de ser hombre nuevos?... Si se cambian las estructuras, si se hacen transformaciones agrarias y demás, pero vamos a ocuparlas con la misma mente egoísta, lo que tendremos serán nuevos ricos, nuevas situaciones de ultraje, nuevos atropellos... Por favor, entiéndanme que el cambio que predica la Iglesia es a partir del corazón del hombre. Hombres nuevos que sepan ser fermento de sociedad nueva.

En varias ocasiones hablé de esperanza, a pesar de todo, y dije que sí hay salida para El Salvador:

Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor (7 de enero de 1979).

Muchas veces me lo han preguntado aquí en El Salvador: ¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador? Y yo, lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: ¡Sí, hay salida! (18 de febrero de 1979).

Creamos como creyó el profeta cuando a los cautivos de Babilonia les anunciaba una libertad que no parecía llegar y llegó porque Dios no es mentiroso (18 de febrero de 1979).

Incluso Monseñor Romero llegó a creer que era posible usar las riquezas al servicio del amor, aunque siempre reconoció que esto no es fácil, sino que es don de Dios y que se le debe pedir:

Puede haber riquezas, donde el hombre se convierta a usar las riquezas al servicio del amor, de la justicia, a hacer el bien. Pero esto es un milagro: sólo Dios lo puede hacer. Y de verdad, ojalá los ricos no pusieran su confianza en el dinero, sino en Dios. Y le pidieran la palabra de Dios para usar este dinero (14 de octubre de 1979).

También hablé de que la sangre derramada fecundaría numerosas semillas de salvadoreños que se sentirán llamados a construir una sociedad estructuralmente más justa y más humana. Lo mismo dije del clamor de los salvadoreños y salvadoreñas; afirmó que dicho clamor sube indefectiblemente hasta Dios y le mueve a ponerse al lado de los que claman.

Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de tantas víctimas no serán en vano... Es sangre y dolor que regará y fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana, y que fructificará en las reformas estructurales audaces, urgentes y radicales que necesita nuestra patria (27 de enero de 1980).

El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener (27 de enero de 1980).

Y un mes antes de su martirio, el día 24 de febrero de 1980, recogió y resumió el proyecto de Dios como un no a la idolatría; añadió que el gran servicio de la Iglesia era el de desenmascarar dicha idolatría y el de ir anunciando y empujando el proyecto de Dios, un proyecto de vida sencilla, de vida con sentido de amor y libertad, de vida sin explotación, de vida compartida:

El proyecto de Dios es NO a la idolatría. En mi Cuarta Carta Pastoral digo que uno de los servicios que la Iglesia está prestando hoy es desenmascarando idolatrías: idolatría del dinero, idolatría del poder, pretensiones de tener a los hombres de rodillas ante esos falsos dioses. La verdad es que el proyecto de Dios es: adorarás al Señor tu Dios.

Lo que hace falta es más solidez, la sencillez honrada de los hombres entregados al servicio de Dios. Este es el proyecto de Dios: la vida sencilla, la vida ordinaria, pero dándole un sentido de amor, de libertad. ¡Qué hermoso sería nuestro país si todos viviéramos este proyecto de Dios! Cada uno ocupado en su oficio, sin pretensiones de dominar a nadie, simplemente ganándose y comiendo con justicia el pan que necesita su familia.

Este es, pues, el anuncio profético de la utopía de una sociedad y una humanidad soñadas por el auténtico Dios. Nos puede parecer que es imposible realizar estos sueños. Pero no es así. Para ello es necesario ir desenmascarando y eliminando los dioses falsos y deshumanizadores y tener siempre presente al Dios de la vida y humanizador. Es un camino en el que los profetas del Antiguo Testamento nos dan luz, Jesús de Nazaret es la gran meta y Monseñor Romero (y otras muchas personas, como Rulilio) son nuestros acompañantes más cercanos.